

La ignorancia como privilegio.

¿Por qué hay quien puede permitirse no saber?

1. El lujo de no saber.

Hay una forma de desigualdad que rara vez se nombra. No es la económica, aunque esté relacionada con ella. Ni la educativa, aunque también tenga que ver. Es la desigualdad cognitiva, la posibilidad de no saber. Hay personas que pueden permitirse ignorar lo que pasa en el mundo. No saber de política, economía, crisis climática, precariedad, guerras y de las consecuencias de las decisiones que otros toman por ellas. Y hay personas que no pueden permitirse esa ignorancia porque su supervivencia depende de estar informadas, entender el sistema que las oprime y anticipar los problemas que les atañen.

La ignorancia no es solo una carencia, es también un privilegio. El que puede permitirse no saber es porque tiene quien le proteja, resuelva los problemas y mantenga a salvo de las consecuencias de su desinformación. El que no puede permitirse no saber es porque está solo frente al sistema, porque nadie le va a resolver nada, porque si no entiende las reglas, las reglas le aplastan.

Pensemos en un ejemplo cotidiano. Un directivo de una gran empresa puede permitirse no saber cómo funciona el sistema de becas escolares porque sus hijos van a un colegio privado. Puede permitirse no saber cómo funciona el sistema de dependencia porque su familia contrata a una cuidadora. Puede permitirse no saber cómo funciona el sistema judicial porque tiene un abogado a su disposición. Su ignorancia no le pasa factura porque tiene recursos que le protegen de ella.

En cambio, una trabajadora precaria no puede permitirse ignorar cómo funciona el sistema de ayudas porque de ello depende que sus hijos coman. No puede ignorar cómo funciona el sistema sanitario porque no tiene seguro privado, ni ignorar sus derechos laborales porque su empleador se aprovecha de su desconocimiento.

La ignorancia, en fin, no se distribuye de forma neutral. Y no es solo una cuestión de capacidad, sino también de interés. No basta con tener medios para informarse; además, hay que quererlo. Hay quien tiene todos los medios y no le interesa. Hay quien no tiene medios pero se esfuerza por entender. Hay quien tiene medios y curiosidad. Y hay quien no tiene ni medios ni curiosidad, porque con sobrevivir ya tiene bastante.

Cruzando esas dos dimensiones, interés y capacidad, se dibujan cuatro cuadrantes que explican por qué la ignorancia se distribuye de forma desigual y por qué eso tiene consecuencias profundas para la democracia, convivencia y justicia social. Este ensayo explora esos cuatro cuadrantes. Y se pregunta quién se beneficia de que la ignorancia siga siendo un privilegio.

2. Quieren saber y pueden. Los privilegiados de la curiosidad.

En el primer cuadrante están los que tienen interés por saber y capacidad para informarse. Son, en cierto modo, los privilegiados de la curiosidad. Tienen tiempo, recursos, educación y acceso a fuentes diversas. Y, además, les interesa. No se conforman con la versión oficial, quieren entender, contrastar y analizar. Leen, escuchan, debaten y se forman.

Este grupo no es necesariamente rico. Hay profesores, periodistas, investigadores, activistas, funcionarios, jubilados con tiempo y curiosidad. Pero sí tiene cubiertas las necesidades básicas. No vive en la precariedad. No está tan agotado y le quedan fuerzas para pensar. Tiene lo que el sociólogo Zygmunt Bauman llamaba "tiempo soberano", tiempo propio que no está secuestrado por la supervivencia.

Los que están en este cuadrante suelen ser conscientes de las crisis, desigualdades y problemas del sistema. Y eso les genera una responsabilidad: la de no mirar hacia otro lado, ni permitirse el lujo de la ignorancia. Pero también les expone a un desgaste particular. Saber y entender demasiado puede ser agotador. La lucidez tiene un precio. El que sabe no puede dejar de saber. Y a veces eso le convierte en un aguafiestas, el que trae malas noticias o no se conforma con la versión oficial.

Hay también una trampa en este cuadrante, la soberbia del que sabe. El que se informa, entiende y analiza puede caer en la tentación de creerse superior a los que no saben. Esa soberbia es peligrosa porque olvida que el conocimiento también es una cuestión de oportunidades y, además, ignora otras perspectivas valiosas desde las que aproximarse a la realidad. Despreciar a los que no saben es una forma de justificar la desigualdad en lugar de combatirla, además de obviar otros enfoques.

3. Quieren saber y no pueden. La ignorancia impuesta.

El segundo cuadrante está ocupado por los que quieren saber, pero no pueden. No es que no les interese, es que la vida no les da tregua. Trabajan doce horas, cuidan a los hijos y a los mayores, y hacen todo lo que pueden para llegar a fin de mes. No tienen tiempo ni energía para informarse. La supervivencia consume toda su capacidad de atención.

Este es el grupo más numeroso e invisibilizado. Los que sostienen la economía con su trabajo, pero no tienen acceso a la información que les permitiría entender cómo funciona el sistema que les explota. Son los que votan, a menudo, contra sus propios intereses porque solo se guían por sus impresiones. Son los que, cuando se les pregunta por la política, responden con desafección: "Todos son iguales".

La ignorancia impuesta no es una elección, es una condena. Y es, quizás, la forma más perversa de desigualdad, la que impide a los oprimidos entender su propia opresión. Si no tienes tiempo para leer el contrato de trabajo, el empleador te explota. Si no tienes tiempo para entender la reforma fiscal, pagas más impuestos de los que te corresponden. Si no tienes tiempo para informarte sobre la crisis de la vivienda, aceptas el precio que te imponen. La falta de información no es un lujo que te permitas, es una desventaja que te condena.

Hay un dato revelador: las personas con menores ingresos son las que menos tiempo dedican a informarse, pero también las que más dependen de la información para sobrevivir. Es la paradoja de la ignorancia impuesta, los que más necesitan saber son los que menos pueden permitirse saber.

4. No quieren saber y pueden. El privilegio de la indiferencia.

El tercer cuadrante es el más incómodo. Aquí están los que tienen todos los medios para informarse, pero no les interesa. No quieren saber. No es que no puedan, es que no quieren. Prefieren vivir en su burbuja, en su comodidad, en su mundo de certezas tranquilas. No quieren que nadie les estropee el día con malas noticias.

Este grupo incluye a muchos de los que ocupan posiciones de poder: políticos, empresarios, directivos o académicos. Tienen acceso privilegiado a la información, pero prefieren no mirar demasiado. No quieren saber de la precariedad porque les obligaría a cuestionar su posición. No quieren saber de la crisis climática porque habrían de cambiar su estilo de vida. No quieren saber de geopolítica porque tendrían que tomar partido.

La ignorancia voluntaria no es una virtud, es una forma de complicidad. El que no quiere saber es cómplice de lo que permite que siga pasando. Y su ignorancia es un privilegio porque tiene quien le proteja de las consecuencias. El que no quiere saber de la crisis de la vivienda no tiene problemas de vivienda. El que no quiere saber de la precariedad laboral tiene un contrato indefinido. El que no quiere saber de la sanidad pública tiene seguro privado.

Pero no se trata solo de los poderosos. También hay una ignorancia voluntaria de las clases medias, que prefieren no saber demasiado para no sentirse culpables. El que tiene una posición acomodada, pero no es rico, también puede permitirse ignorar. Prefiere no pensar en los que están peor, porque pensar en ellos le obligaría a cuestionar su propia comodidad. Prefiere no saber que su bienestar se sostiene sobre la explotación de otros. Prefiere no saber que el sistema que le beneficia también le oprime a él, aunque menos.

La ignorancia voluntaria es una forma de evitar el malestar, la culpa y la responsabilidad. Y es un privilegio porque solo pueden permitírsela los que tienen quien les proteja de las consecuencias.

5. No quieren saber y no pueden. La ignorancia de la desesperanza.

El cuarto cuadrante está ocupado por los que no quieren saber y no pueden. Es el más triste de todos. No tienen medios para informarse, pero tampoco les interesa. Han renunciado, han decidido que no vale la pena. La vida les ha golpeado tantas veces que han dejado de creer que entender el mundo sirva de algo. "Para qué voy a saber, si total, nada va a cambiar".

Es la ignorancia de la desesperanza, la que surge cuando la precariedad, exclusión y falta de horizontes se cronifican. No es una elección libre, es el resultado de un sistema que ha conseguido que los más vulnerables renuncien a entender, participar o rebelarse. Es la forma más extrema de domesticación, la que convierte a los oprimidos en espectadores pasivos de su propia opresión.

Este cuadrante es el más difícil de abordar sin caer en la condescendencia. No se trata de culpar a los que han renunciado, sino de entender por qué han renunciado. La desesperanza no es una debilidad individual, es una respuesta racional a un sistema que no ofrece salidas.

Cuando has intentado entender y no has podido cambiar nada, cuando has votado y no ha servido de nada, cuando has protestado y no te han escuchado, acabas renunciando. No por falta de interés, sino por exceso de realidad.

6. Los que se benefician de la ignorancia ajena.

La ignorancia no se distribuye de forma neutral. Hay quienes se benefician de que los demás no sepan. El sistema, en su conjunto, se sostiene sobre la ignorancia de la mayoría. Si todos entiendiéramos cómo funciona la economía y se toman las decisiones, y quién se beneficia de qué, el sistema sería mucho más difícil de mantener.

Por eso hay una industria de la desinformación. Por eso los medios, en su mayoría, no informan, sino que entretienen y la política se ha convertido en espectáculo. Por eso la educación, pese a los discursos, sigue priorizando la memorización sobre el pensamiento crítico. La ignorancia no es un accidente, es un negocio y una herramienta de control.

La sobrecarga de información es una de las estrategias más eficaces. No se trata de ocultar la información, sino de inundar al ciudadano con tal cantidad de datos, opiniones y noticias contradictorias, que le resulte imposible distinguir lo relevante de lo accesorio. El resultado es la parálisis. Cuando todo es importante o urgente, nada lo es. Y el ciudadano, abrumado, acaba renunciando a entender.

Otra estrategia es la banalización. Convertir la información en entretenimiento. Los debates políticos como combates de gladiadores, las noticias como espectáculos y las tragedias como realities. Así, el ciudadano cree estar informado porque consume mucha información, pero en realidad no entiende nada. Sabe qué ha dicho tal político, pero no sabe qué políticas defiende. Sabe qué ha pasado en tal país, pero no sabe por qué. La información sin contexto no es conocimiento, es ruido.

Y luego está la desinformación activa: los bulos, las fake news y las campañas de manipulación. No se trata solo de que el ciudadano no sepa, sino de que crea saber. De que tenga certezas falsas y defienda posiciones que perjudican sus propios intereses. La ignorancia del que sabe mal es más peligrosa que la del que sabe poco.

7. El derecho a saber y el deber de saber.

La ignorancia como privilegio es una forma de desigualdad. No todos pueden permitirse no saber. Pero tampoco todos pueden permitirse saber. La información se ha convertido en un bien de lujo, al que solo acceden los que tienen tiempo, recursos y curiosidad. Y esa desigualdad tiene consecuencias profundas para la democracia. Una ciudadanía desinformada es una ciudadanía manipulable, que no puede participar ni defender sus derechos.

Frente a esa desigualdad, hay que reivindicar el derecho a saber, pero también el deber de saber. No se puede ser ciudadano sin entender el mundo, ni participar en democracia sin información, ni transformar el sistema sin conocerlo. La ignorancia no es una virtud ni una elección neutra, es una forma de exclusión.

Recuperar el derecho a saber es recuperar una parte de nuestra humanidad, es negarse a que el sistema nos mantenga en la ignorancia, es entender que la curiosidad no es un lujo, sino una necesidad. Y que el conocimiento, cuando se comparte, vale más.

Pero no basta con reivindicar el derecho a saber. Hay que crear las condiciones para que ese derecho sea real. Y eso significa educación crítica, medios independientes, espacios de deliberación y tiempo libre. Significa que la información no sea un privilegio de los que pueden pagarla, sino un derecho de todos. Que la ignorancia deje de ser un privilegio y se convierta en lo que nunca debió dejar de ser, una carencia que la sociedad tiene la obligación de corregir.